

Humor

En el impresionante *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, de Joan Corominas, en colaboración con José A. Pascual, se remite desde la entrada *humor* a la de *húmedo*, en donde hay información relativa a ambas voces. La explicación es evidente: sí, ambas palabras –al igual que *humedad* o *humedecer*– están relacionadas por su origen. El adjetivo proviene de otro latino, UMIDUS, derivado del verbo UMERE ‘estar o ser húmedo’. Y el sustantivo *humor*, del lat. UMOR, -ORIS ‘líquido’, ‘humores del cuerpo humano’.

Aporta el filólogo catalán algunos testimonios medievales y áureos, a los que podrían sumarse muchos otros, que muestran que el valor etimológico se mantuvo en romance: «avié de los *humores* el vientre tan hinchado», escribía Berceo. Siglos después, Alfonso de Palencia, en su *Vocabulario* anotaba a propósito de *biliosus*: «quien siempre está triste por *humor* podrido». Y Nebrija apuntaba a finales del siglo XV que el *humor* lo es, generalmente, «de ojos».

El cambio semántico que desde ahí lleva al significado hoy general resulta fácil de explicar: se pensaba que el ‘genio o la condición natural’ con que una persona se presenta de aquellos ‘humores corporales’ derivaba. Se ve bien en el primer diccionario académico (*Autoridades*, t. IV, 1734): ‘cuerpo líquido y fluido’, con cita de Lope («Toman en hoja o en polvos una onza, y resuélvenla en humor, añadiendo de vinagre destilado lo que basta»), «efecto que ocasiona algún humor predominante: y así se dice, que un hombre es de *humor* melancólico, colérico» y, por fin, «genio, índole, condición o natural: especialmente quando se da a entender con alguna demostración exterior».

Este «nuevo» sentido se incorpora al *DRAE* como acepción primera de la voz, junto a otras de mayor o menor empleo: ‘jovialidad, agudeza’ (*hombre de humor*), ‘buena disposición para hacer algo’ (¡qué humor tiene!) o, en el ámbito de la psicología, ‘estado afectivo que se mantiene por algún tiempo’. Nuestra lengua ha fijado usos y ha consolidado con *humor* no pocas expresiones y locuciones (*buen ~, mal ~, ~ de mil diablos, ~ de perros, ~ negro*, etc.).

No caigan los lectores en la trampa de pensar en los *humores* del *humorista*, pues esta última palabra, relativamente moderna en español (está en *La gaviota*, 1849, de Cecilia Böhl de Faber, y la recoge la Academia en el *DRAE* desde 1914) puede ser un anglicismo a partir de *humorist*, a su vez de *humo(u)r* ‘humorismo’, propiamente ‘humor’.

Tiempo para cambiar

Nuestra revista, como no podía ser menos, ha contemplado con esperanza los cambios políticos que se han producido en nuestra sociedad; aunque nuestro habitual escepticismo nos, empujó a sonreír con una pizca de maldad, la suficiente como para descubrirnos riéndonos de nosotros mismos mientras nos contemplábamos ante el espejo. Y es que en esta vida hay que tomarse las cosas con humor; mucho más, cuando somos las gentes de la cultura las que aguardamos con vehemencia esos grandes y positivos cambios de los que nuestros políticos, al parecer, sin duda, van a proveernos. Así que, como primer ejercicio autocrítico, la palabra “humor” protagoniza nuestra sección crítica y con ella, en *Crisis*, damos cuenta de que pensamos que los cambios deben comenzar en nosotros; por lo que hemos desterrado toda aquella amalgama de definiciones con la que presentábamos la palabra elegida por un trabajo filológico y serio que nuestro admirado lingüista, Vicente Lagüéns, ha tenido a bien realizar para nosotros —esperamos seguir contando con él—. También anunciamos con satisfacción la aportación de José Luis Cano con una viñeta que deseamos que pueda convertirse en una sección fija. Y es que las gentes de la cultura necesitamos mucho del humor para poder sobrevivir, para entender que nadie va a hacer nada por nosotros si nos empeñamos en ser meros espectadores de nuestro futuro. Nadie va a salvarnos de nada sino somos capaces de encontrar lugares comunes desde los que imponer con fuerza nuestra personalidad, nuestras vindicaciones, nuestro derecho a ver cubiertas nuestras necesidades...

Acabaremos con el panfleto diciendo que quien no sabe reírse de sí mismo no tiene ninguna capacidad autocrítica; y quien carece de esa capacidad poco puede hacer para cambiar nada.

Que hagan los políticos política con sus políticas, nuestra única política y dependencia es la cultura. Hagamos cultura, esa política que construye conocimiento y crecimiento humano, esa política que solo existe si aprovecha el tiempo para cambiar, porque si no se adocena y esclaviza al servicio de intereses espurios que no le pertenecen.